

# Karimov mantiene, por ahora, su control sobre Uzbekistán

Las críticas norteamericanas al represivo régimen uzbeko acercan a Karimov a la influencia rusa y china



POR EMILIO J. CÁRDENAS

Ex Representante Permanente de la República Argentina ante la ONU  
Profesor visitante, Universidad de Michigan

UZBEKISTÁN es una nación que está geográficamente emplazada en el mismo centro de Asia Central. Con sus casi 26 millones de habitantes, linda físicamente con Turkmenistán, Afganistán, Tadjikistán, Kazajistán y Kirguistán, que son los países que la rodean. Uzbekistán contiene a la más numerosa y urbanizada nacionalidad de todas las que pueblan Asia Central. Su influencia regional ha sido tan grande, que la vieja “lengua franca” de la región, el chagatai, fue reemplazada por el uzbek.

A la caída del Imperio Soviético, ocurrida en 1990/91, Uzbekistán (cuya particular identidad nacional en rigor nunca se había fusionado con la rusa) se declaró rápidamente independiente. Tal como Zbigniew Brzezinski había anticipado que ocurriría tan pronto comenzara, en su momento, la llamada “perestroika”.

En ese entonces, su actual Presidente, Islam Karimov, era el Secretario General del Partido Comunista de Uzbekistán, que (luego de la clásica “carrera”, dentro de las filas del Partido) había sido entronizado como tal por el propio Mikhail Gorbachev.

Por eso había sido electo Presidente de Uzbekistán por el Soviet Supremo y participado -activamente- en las reuniones, todavía soviéticas, que trataron, cuando ya todo lo que sucedería era realmente inexorable, de impedir la disolución y desmembramiento del imperio. Rápido como el rayo -advirtiendo que su propio futuro político personal estaba en juego- Karimov decide entonces cambiar prestamente de identidad. Allí -como aquí- la lealtad no es una virtud que deslumbre a los políticos.

Así, de pronto, las clásicas enormes estatuas de los líderes comunistas, Marx, Lenin y Stalin, desaparecen de Uzbekistán. Como por arte de magia. En su lugar aparecen las de un tal Tamerlán, que fuera un sanguinario Jefe Mongol, de pronto convertido -por necesidad- en el instantáneo héroe nacional uzbeko. Tamerlán había logrado construir,

en 1369, un poderoso imperio sometiendo para ello, por la fuerza de las armas, a ciudades tan distantes y distintas como Bagdad, Nueva Delhi, Damasco, Ankara y hasta a la persa Isfahán (una ciudad realmente deliciosa, en cuya plaza central todavía están -bien preservados- los arcos de piedra de la que históricamente fuera una de las primeras canchas de polo que la humanidad recuerda, y en cuyo perímetro hoy, además, funciona la preocupante planta iraní de enriquecimiento de uranio).

En expresión inequívoca del conocido culto a la personalidad, las enormes estatuas de Tamerlán se alternan ahora, por todas partes, con las del propio Karimov, que ha seguido siempre encaramado en la cúspide del poder, como si no hubiera recambio posible. Las estatuas tuyas lucen efectivamente como él es, esto es con un rostro de aspecto sumamente duro y amenazador, con ojos inexpresivos, en una actitud severa que denuncia la personalidad de un feroz tirano, para quien no hay derechos humanos, ni libertades civiles que limiten en modo alguno su poder, al que solo concibe como totalitario.

A la salida del repentino colapso del mundo marxista, Karimov propuso a su pueblo no realizar transformaciones rápidas, o sea aquellas que -aunque necesarias- tanto desestabilizaron a otros países al final de la larga pesadilla comunista, generando corrupción y desocupación a la vez. En cambio sugirió proceder de una manera que describió entonces como una “lenta adaptación a las nuevas realidades del mundo”. Seguramente porque advirtió, sagazmente, que quienes crecieron y se educaron en el mundo soviético a lo que más le temen en la vida es a la inseguridad. O sea al tener que asumir riesgos personales desconocidos. Más aún, cuando advierten que de ellos dependerá efectivamente su propio futuro.

Esto es así quizás porque es sabido que si había algo que el comunismo “vendía” bien era la idea de que el Estado -y no las personas individualmente- debían decidir el futuro de la gente. De allí que absolutamente nada era -en ese terrible universo sin libertades- realmente un premio al esfuerzo, sino -en todo caso- solo una remuneración a lo que se percibía como una actitud de lealtad hacia el sistema.

Por esto, Uzbekistán mantuvo -de hecho- una economía fuertemente centralizada, de clásico corte soviético, en la que el Estado (en rigor, el propio Karimov) se reservaba siempre para sí el privilegio de todas las decisiones fundamentales.

La tesis que presumiblemente abona esta frustrante estrategia es la que sostiene que “el Estado nunca se equivoca” y que, en todo caso, si en algún momento se llegara efectivamente a equivocar, el costo de sus errores -dentro del comunismo- se reparte más o menos equitativamente entre todos. Pagan, entonces, justos por pecadores, pero las culpas se reparten. Aunque todos, como en Cuba, queden sumidos en el mayor atraso relativo.

Según sostiene Fiona Hill, del Wall Street Journal, los uzbekos lo acompañaron, satisfechos con ésta propuesta dirigista alternativa, que demoraba en el tiempo toda decisión potencialmente desequilibrante. Quizás, por lo que hemos intentado explicar.

No obstante, las consecuencias de mantener esencialmente vivo un modelo que había caído muerto en todas partes, víctima de sus propias inconsistencias, están ahora a la vista.

Uzbekistán tiene una economía que -como la de Cuba- está paralizada por el atraso; con tasas altísimas de desocupación; niveles de vida que (nuevamente, a la cubana) son cada vez más pobres, en términos relativos, particularmente en las zonas agrícolas; una elite privilegiada y cortesana y, por ende, cercana al poder, inmensamente rica, en la que sobresale la propia hija mayor de Karimov: Gulnora Karimova, que es titular de un sospechoso imperio industrial, comercial y de servicios que contiene toda una legión de selectas propiedades inmuebles, el monopolio de la telefonía móvil, agencias de viaje, fábricas, locales nocturnos, e inversiones en el sector de los hidrocarburos . Sí es una clara expresión de nepotismo. Este feo mal afecta a la política allí y aquí.

Como derivación inexorable de todo esto, Uzbekistán, con una ubicación comercial privilegiada, emplazada en la vieja Ruta de la Seda que hizo crecer -todo a su largo- a ciudades soñadas, como Samarkanda o Bujara, y pese a sus yacimientos de oro o gas, y a su excelente algodón, tiene una población descontenta, proclive fácilmente a las protestas sociales que están -siempre- a la orden del día, y una emigración permanente de los más jóvenes que, desesperanzados por la falta de oportunidades en su propio medio, cual ola, emigran masivamente a algunos de los países vecinos como Kirguistán, o Kazajstán, y a la propia Federación Rusa.

### **Las consecuencias de la explosión del terrorismo islámico**

Después de los atentados terroristas perpetrados contra las Torres Gemelas, en Nueva York, Karimov -que en Uzbekistán enfrentaba él mismo al fundamentalismo musulmán encolumnado, según él, en el llamado Hizbut-Tahrir, una organización islámica no-violenta heredera del viejo Birlik (Unidad) constituido en la capital de Uzbekistán, Tashkent, en mayo de 1989, que nació como movimiento secular y derivó en dirección al islamismo y en el Movimiento Islámico de Uzbekistán, que tenía conexiones íntimas con Al-Qaeda- tuvo una oportunidad de oro para intentar acercarse con éxito a Occidente y, de paso, endurecer su persecución al fundamentalismo islámico, al que el ataque militar norteamericano contra Afganistán había debilitado notoriamente, y a los otros opositores, por igual. Y la aprovechó.

Concedió entonces a los norteamericanos la oportunidad de utilizar militarmente su enorme base aérea de Karshi-Khanabad (que fue rebautizada inmediatamente por los nuevos usuarios como K-2).

Desde allí la aviación militar de los Estados Unidos pudo abastecer satisfactoriamente a las tropas de este país que luchaban en Afganistán contra las fuerzas del régimen del Talibán y las de Al-Qaeda, en busca del cambio de régimen luego materializado.

Sin embargo, contra lo que él esperaba, esta tan interesada como repentina hospitalidad no lo inmunizó -para nada- contra las críticas norteamericanas. En especial, cuando ordenó la horrible masacre en Andijan, en el valle de Fergana (donde después del glasnot creciera exponencialmente el islamismo ) acaecida el pasado mes de mayo, sobre la que nos explayaremos más abajo.

La Secretario de Estado de los Estados Unidos, Condoleezza Rice, que no tiene ciertamente “pelos en su legua”, no ahorró -frente a ella- las críticas, poniendo a Uzbekistán en

Karimov mantiene su poder sobre Uzbekistán

un claro paralelo con la estalinista Bielorrusia y comparando al propio Karimov con el sangriento dictador del segundo país, Alexander Lukashenko (que fuera, curiosamente, uno de los inexplicables beneficiarios de los votos argentinos en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, cuyas razones jamás el muy poco transparente y nada feliz Canciller Rafael Bielsa se ha dignado explicar a su extrañado pueblo).

Rice sabe bien que hoy, en Uzbekistán, cualquier opositor es inmediatamente tildado de “fundamentalista”, para así poder perseguirlo y reprimirlo, sin límites.

## La tragedia de Andijan

La reputación -justa- de Karimov lo incluyó siempre en la lista de aquellos déspotas totalitarios que no vacilan en pisotear los derechos humanos y libertades civiles y políticas de su pueblo. Particularmente cuando se trata de “defender” su supervivencia o la de su régimen. Como Fidel Castro.

No obstante, cuando el 13 de mayo pasado, una multitud cansada de la opresión se rebelara ruidosamente en su contra, en Andijan, una ciudad comercial de 300.000 habitantes que está emplazada en el sudeste del país, la represión que Karimov ordenó sorprendió -por su abierta y sangrienta brutalidad- tanto a propios como a ajenos.

Los rebeldes habían ya tomado las calles y edificios públicos de esa ciudad, liberando a unos 2.000 prisioneros, entre los que estaban 23 conocidos comerciantes a quienes Karimov había -previamente- acusado falsamente de ser fundamentalistas.

Karimov cerró todos los diferentes accesos a la ciudad; interrumpió las comunicaciones con el resto del país y del mundo; prohibió la emisión por televisión de noticiosos extranjeros; selló herméticamente todas las fronteras; y dio “rienda suelta” a sus militares para que reprimieran sin limitación alguna, ahogando con violencia las protestas y dejando tras de sí una verdadera masacre, que produjo centenares de muertos, sin que nadie sepa exactamente cuál fue el número exacto de víctimas y -naturalmente- a una población absolutamente cubierta de terror.

Según las Naciones Unidas, murieron entonces por lo menos 700 personas. Según Karimov “apenas” unas 180. Es obvio que pueda no estar diciendo la verdad.

En conocimiento de lo que le acababa de ocurrir a Askar Akayev en Osh, en Kirghistán, la gente en Andijan pensó -equivocadamente- que sus protestas iban a tener éxito, más o menos fácilmente. Que, quizás, era tan solo cuestión de “empujar” un poco y Karimov iba a tener que ceder.

Nada de eso, sin embargo, sucedió. La revuelta popular no aumentó la lista de revoluciones democráticas -llamadas “rosas”- que conforman los recientes eventos populares en Georgia, Ucrania y Kirghistán, protestas que produjeron -todas- cambios de gobierno. En cambio, Karimov se consolidó aún más en el poder.

---

La masacre de Andijan dejó un saldo de más de 700 muertos, acusados por Karimov de “fundamentalistas”

---

Karimov, cabe recordar, nació en medio de una familia pobre y debió educarse en un orfanato estatal. Conoció el rigor desde chico, entonces. Luego estudió ingeniería y economía y trabajó en una fábrica de tractores antes de -finalmente- ingresar en la política. Tras la “purga” que fuera dispuesta por Mikhail Gorbachov en 1989, Karimov alcanzó la cima del comunismo uzbeko, que ya no abandonaría nunca, hasta hoy.

Dos años después, el ex funcionario rojo declararía -cual camaleón- al comunismo ilegal y a su país independiente. Pero él consiguió seguir al frente de todo. Como si nada hubiera pasado. A la manera de un señor absoluto, en su feudo personal.

En 1991 ganó las elecciones, por amplio margen. Desde entonces, a través de referendums y elecciones sospechosas todas de fraude, se encaramó en el poder.

### La torpe reacción de Karimov

Visiblemente disgustado con los Estados Unidos, por sus críticas a lo sucedido en Andijan, Islam Karimov acaba de notificarle que, en el plazo de seis meses, deberá abandonar la base K-2. Dejar de utilizarla, en pocas palabras.

No son buenas noticias operativas para los norteamericanos, ciertamente. Pese a que tampoco es tan grave -para ellos- perder ahora el derecho de utilizar militarmente esa base, desde que los militares de los Estados Unidos están ahora dentro de la propia Afganistán, instalados en la base aérea de Bagram. Y pueden, además, recurrir sin mayores problemas al uso de la base de Manas, en Kirghistán y a los derechos de reabastecerse en Turkmenistán, de los que ya gozan.

Pero lo cierto es que la K-2 es ideal para llevar y distribuir ayuda humanitaria a la difícil zona montañosa afgana de Mazar-e Sharif, devastada por la guerra.

Los Estados Unidos -cabe apuntar- han pagado ya, por el uso de la K-2, unos 15 millones de dólares a Uzbekistán, desde el 2001.

Mientras tanto, Rusia y China han comenzado -por las suyas- a cortejar a Karimov. Como cabía esperar en un mundo con su geopolítica en evolución.

Ocurre que Putin, nostálgico, busca constantemente volver a acercarse al seno de su Federación a las viejas repúblicas soviéticas. Por esto tolera (aunque con visible desagrado y sin compartir su retórica) al patotero bielorruso Lukashenko y ahora también a Karimov.

China, que no es ciertamente una democracia, no se detiene tampoco frente al autoritarismo, ni a los tiranos. Por esto protege a los militares que se han apoderado de Burma y confraterniza con el régimen estalinista de Corea del Norte.

Ocurre que tanto Rusia como China han utilizado -reiteradamente- tácticas de dureza similar a las de Karimov contra los terroristas y radicales chechenos y contra los uighures, respectivamente. Y van a seguir, presumiblemente, recurriendo a ellas.

De allí que no pueden condenar, sino que deben disimular la conducta del brutal Karimov.

No obstante, es también cierto que hay algunas razones que impiden comparar, más o menos livianamente, lo de Uzbekistán con lo ocurrido en Georgia, Ucrania o Kirguistán, países todos que consiguieron liberarse de sus gobernantes déspotas, herederos camuflados del comunismo, que perduraban por estar disfrazados -políticamente- de socialistas, o de cualquier cosa.

La primera de ellas es que las fuerzas armadas uzbechas fueron absolutamente leales a Karimov. Jamás abandonaron la verticalidad. Esto es, no se plegaron a los rebeldes, ni tampoco permanecieron encerradas en sus cuarteles para no tener que confrontar con el pueblo. Como en el mejor momento de la era soviética o en Tianamen, los militares uzbecos reprimieron a su pueblo sin contemplaciones. Caiga quien caiga. Y cayeron muchos, inocentes o no.

La segunda es que Karimov no tenía oposición política doméstica alguna que fuera creíble. Porque estratégicamente la sofocó o eliminó permanentemente, con su habitual mano dura. Tampoco, entonces, líderes adversos que pudieran encabezar rápidamente las protestas, cual bandera de cambio.

Por esto, para la comunidad internacional los acontecimientos en Uzbekistán son deplorables y merecen ser seguidos muy de cerca.

Porque es cierto que Al-Qaeda ha estado desde hace años muy activa en ese país. Y ha utilizado profusamente el dinero obtenido del narcotráfico para tratar de materializar sus designios. Nadie quiere ver aparecer, de pronto, un nuevo gobierno en Asia Central que simpatice con ellos, a la manera, en su momento, del sofocante e insensible Talibán, en Afganistán. Nadie, por cierto.

Pero también porque las ex-repúblicas soviéticas pueden terminar siendo, por dinero o por despecho, el cómplice ideal del fundamentalismo terrorista si de acceder a armas de destrucción masiva se trata. El viejo arsenal soviético podría ser utilizado a este efecto y lo que es una preocupante pesadilla podría transformarse así en una trágica realidad.

Finalmente, porque Uzbekistán tiene una ubicación nodal en la infraestructura de transporte de los hidrocarburos que fluyen desde Asia Central hacia muchos de los nuevos mercados, sedientos de crudo y gas. Y, desequilibrada, podría transformarse en un obstáculo.

No obstante todas esas razones, lo más probable es que, en el corto plazo al menos, Islam Karimov se aleje de Occidente y que los rusos y los chinos sean, en más, sus interlocutores preferidos. A la manera de lo sucedido en Corea del Norte o Irán. Esto sería todo un cambio, negativo, por supuesto.

En el plano doméstico, Karimov puede llegar a enfrentar aún más inestabilidad y tener que recurrir, nuevamente, a un camino tremendo, que pocas veces tiene retorno: el de la violencia desatada desde el propio Estado para asegurar la supervivencia de sus líderes. Con la vida y libertades de un pueblo cercenados. A la manera de lo que es Cuba, entre nosotros. Con un presente de horror y un futuro sin mucha esperanza. Sería absolutamente lamentable que así fuera ■